

claramente que él era el verdadero pan del cielo, comienza definitivamente a exponer la promesa de la eucaristía de esta manera:

«En verdad, en verdad os digo: el que cree en mí tiene vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres en el desierto comieron el maná y murieron; éste (decía refiriéndose a sí) es el pan que ha bajado del cielo, para que el que coma de él no muera. Yo soy el pan vivo que bajé del cielo. Si alguno come de este pan, vivirá para siempre, y el pan que yo daré es la carne mía, por la vida del mundo».

No pudo decírselo más claramente. Así que todos lo entendieron, y se armó una confusión muy grande.

«Comenzaron, pues, a disputar los judíos unos con otros diciendo: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?»

No se rectificó Jesús ni les dijo que le entendían mal, sino que:

«Respondióles: En verdad, en verdad os digo, si no coméis la carne del Hijo del hombre y bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdaderamente comida y mi sangre es verdaderamente bebida; el que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Así como el Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre, así el que me come, también él vivirá por mí».

Quería decir que así como el Padre le comunica a él la vida, de modo que vive por el Padre, así el que comulga recibirá de Cristo comunicación de vida tal que pueda decir que vive con la vida de Jesucristo. Gran privilegio y admirables prerrogativas y promesas las que ofrece Jesucristo en este discurso. Concluyó tan preciosa profecía con estas palabras:

«Este es el pan que ha bajado del cielo. No como cuando vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; el que come este pan vivirá para siempre».

## 119. ESCÁNDALO Y DESERCIÓN

(J. 6, 60-72)

«Esto dijo Jesús en la sinagoga de Cafarnaúm». La doctrina era tan nueva, la promesa tan inverosímil, la oferta tan extraña, que se escandalizaron muchísimos, aun de los discípulos de Jesús. ¡Banquete singular, pan nunca visto! La carne y la sangre de Jesús como comida y bebida!

«Muchos, pues, de sus discípulos se dijeron:—Dura es esta doctrina .. ¿quién puede oírle?»

»Conociendo, pues, Jesús que murmuraban sus discípulos de esto, les dijo:

«—De esto os escandalizáis?... Pues ¿qué será cuando veais subir al Hijo del hombre adonde estaba primero?» Como quien dice: entonces entenderéis por una parte que tengo poder para disponer estas cosas y por otra al ver mi carne glorificada no os parecerá tan inverosímil y chocante este misterio. Y añadió:

«—El espíritu es el que vivifica, no la carne, que no vale nada». Es decir, no penséis que la carne da vida al alma, sin el espíritu; mas como mi carne está unida con mi espíritu y mi divinidad, por eso os aprovechará y dará la vida.

«Mis palabras que he hablado son vida y espíritu. Pero hay algunos de vosotros que no creen».

«Porque Jesús sabía desde el principio, quiénes eran los que no creían, y quién le iba a entregar».

«Y decía:—por eso os dije que nadie puede venir a mí, si no se lo concede mi Padre».

«Desde esto, muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él».

Y debieron de ser muchos los que se fueron, y parece que fueron desfilando en aquel mismo punto de modo que fuese notable la deserción, porque Jesús se volvió a los doce, a los apóstoles, entre los cuales también notó alguna vacilación y les dijo:

«—¿También vosotros queréis iros?»

»Respondió Simón Pedro:—Señor, ¿a quién iremos? tú tienes palabras de vida eterna y nosotros hemos creído y conocido que tu eres el Cristo hijo de Dios.

»Les respondió Jesús:—¿No sois doce los que yo he elegido? y sin embargo uno de vosotros es diablo.

»Y decíalo por Judas Iscariote: porque éste le había de entregar a pesar de ser uno de los doce».

Y es que de los doce el que iba a ser el traidor, empezaba ya a ser infiel y desleal, y en aquella ocasión quería introducir entre los apóstoles la misma deserción y apostasía que se había introducido entre los otros discípulos. Salióle al paso el Maestro, y cortó la malicia infiel el más noble de todos los apóstoles, San Pedro, con una de aquellas acostumbradas vehemencias que de su decidido corazón brotaban a menudo.

Esta fué la primera vez que Jesucristo trató del soberano beneficio de la Eucaristía. La prueba más delicada de su amor a los hombres fué acogida por ellos con burla, incredulidad y apostasía.

Bueno es verdaderamente Jesús. Bueno por hacer tan estupendos beneficios. Mucho más bueno por hacerlos a hombres, que tan desconfiados e soberbios le desdeñan!...

Nosotros más avisados e iluminados por la fe, digamos con San Pedro:—«Señor, a tí venimos, porque tus palabras son palabras de vida eterna.»

*Visus, gustus, tactus in te fallitur,  
Sed auditu solo tuto creditur:  
Credo quicquid dixit Dei Filius,  
Nil hoc Verbo veritatis verius.*

«La vista, el gusto, el tacto en ti se engañan, mas el oído solo se le cree seguro: creo lo que el Hijo de Dios dijo, nada más verdadero que este Verbo de verdad».

#### 120. MANDATOS DE DIOS Y TRADICIONES DE HOMBRES.

(J. 7, 1; Mc. 7, 1-23; Mt. 15, 1-20)

Acercábase la fiesta de la Pascua, y era lo más verosímil que Jesús quisiese para ella subir a Jerusalén y presentarse al templo. Pero como veía que los judíos le estaban preparando la muerte, y espiaban la ocasión de dársela, sobre todo después de la última discusión, que tuvo con ellos, no quiso presentarse en Judea, y se entretenía en re-

correr la Galilea, donde tenía más amigos y fieles, y estaba más seguro. Porque, aunque había de morir, pero no entonces; y aunque podía esquivar la muerte de mil modos, pero de ordinario no se valía sino de los medios humanos de la prudencia humana.

Mas ya que no fué él a Jerusalén, vinieron a él los fariseos, y algunos escribas enviados desde Jerusalén para espiar sus actos.

Pronto encontraron algo que censurar en sus discípulos.

«Vieron, dice el Evangelio, que algunos de sus discípulos, comían el pan con manos profanas, (es decir, sin lavar) y lo censuraron. Porque los fariseos y todos los judíos, si no se lavan las manos hasta el codo, no comen, fieles a la tradición de los antiguos. Y cuando vienen del foro, jamás comen sin antes lavarse. Y tienen por tradición otros muchos lavatorios de copas y cacharros y calderos y lechos que eran los asientos o reclinatorios en que se echaban para comer.

«Preguntáronle, pues, los fariseos y escribas:

»—¿Por qué tus discípulos rompen la tradición de nuestros antiguos y no se lavan las manos cuando comen pan?

»Y él respondió:

»—Y ¿por qué quebrantáis vosotros el precepto de Dios, por vuestra tradición? Porque Dios dijo: Honra a tu padre y a tu madre. Y también: El que maldiga a su padre y a su madre, muera. Pero vosotros decís: Si alguno dice a su padre o a su madre: Tendrás provecho en mi Corbán (es decir, en el don que yo ofrezco a Dios). Y ya no le dejáis hacer más por su padre y por su madre. Y así por vuestra tradición habéis inutilizado el mandato de Dios».

Preciosa respuesta. Aquellos hipócritas fariseos guardaban escrupulosamente las tradiciones que los fundadores de su secta les iban acumulando. En especial eran sumamente supersticiosos acerca del lavatorio de las manos. Por si acaso habían inadvertidamente tocado algo profano o inmundo, se creían obligados a lavar las manos siempre antes de comer. Y no solo las manos, sino como dice San Marcos, los vasos y los cacharros y calderos y hasta los reclinatorios de las mesas. Todo un tratado del Talmud, el *Yadaim* versaba acerca del lavatorio de manos. El rabino

Akiba era alabado porque prefirió morir de sed antes que prescindir del lavatorio. Por poca que fuese el agua y grande la sed, había que guardar alguna para lavarse. Ya hemos visto cómo en Caná estaban seis ánforas para este lavatorio. Y acerca de él había en el Talmud no menos que 600 prescripciones!... Más temían dejar de lavarse las manos que cometer un homicidio, y los saduceos ridiculizándolos les decían: El primer día vais a lavar al sol.

Bien los cogió el Maestro por el lado flaco, y bien les echó en cara su abominable y ridícula hipocresía con la que, al paso que guardaban con tanto escrúpulo las tradiciones humanas, a que no estaban obligados, conculcaban los preceptos divinos que debían observar. Y les presentó un caso en que con hipócrita habilidad vulneraban el precepto de Dios. Porque estando por el precepto divino los hijos obligados a socorrer a los padres, los fariseos decían que este precepto estaba suficientemente cumplido, si los hijos daban parte a sus padres en el mérito del *corbán* o dinero que consagraban al culto y servicio del templo. Sacrificando así la caridad y sacratísima obligación de socorrer los hijos a los padres, a una práctica puramente ritual.

«Hipócritas, añadía indignado el Maestro, bien profetizaba de vosotros Isaías cuando decía: "Este pueblo me honra de boca, pero su corazón está muy lejos de mí. Me adoran con un culto vano y enseñan doctrinas y mandatos de hombres". Porque olvidando los mandamientos de Dios, observáis las tradiciones de los hombres, muchos lavatorios de cacharros y de vasos y cosas parecidas, eso es lo que hacéis.

»Y convocando a la muchedumbre a su alrededor, les dijo:

»—Oídmе todos y entended: Nada de lo que entra de fuera del hombre por su boca le puede manchar; lo que sí le puede manchar es lo que le sale por la boca. Si alguno tiene oídos para oír, que oiga».

Dicho esto se fué, y «cuando entró en casa se le acercaron sus discípulos y le dijeron:—¿Sabes que los fariseos oyendo estas palabras se han escandalizado?

»Y él les respondió:

»—Toda planta que no plantó mi padre celestial, será

desarraigada. Dejadlos. Son ciegos y guías de ciegos. Y cuando un ciego guía a otro ciego, ambos caen al hoyo.

»Entonces Pedro le dijo:—Explicanos esa parábola.

»Y les dijo Jesús:

»—¿Pero aún estáis sin entendimiento? ¿No entendéis que todo lo que entra de fuera en el hombre no lo puede manchar, porque no entra en su corazón, sino que pasa al vientre y va a la cloaca, purgando todas las viandas? Mas lo que sale por la boca procede del corazón, y eso es lo que mancha al hombre. Porque del corazón y de dentro proceden los malos pensamientos, los homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, avaricias, maldades, dolos, impurezas, envidias, blasfemias, soberbia e insensatez. Todos estos males proceden de dentro, y manchan al hombre, pero comer sin lavarse las manos eso no mancha al hombre».

Clarísima explicación. No se ha de entender, sin embargo, que con estas palabras Cristo quiere abolir los ritos externos y los preceptos que da la Iglesia, por ejemplo, acerca de los ayunos y las vigiliás. Porque es cierto que el comer o no comer carne, por ejemplo, en día de abstinencia no mancha al hombre de suyo. Pero el desobedecer y tener soberbia para no cumplir las penitencias que la Iglesia impone, eso sale del corazón y mancha al hombre que desobedece.

## 121. LAS MIGAJAS Y LA PERRILLA

(Mc. 7, 7, 24-30; Mt. 15, 21-28)

En todo este tiempo se nota en Jesús continua mudanza en los sitios donde vive. Detiéndose poco en todas partes, y sobre todo evita la publicidad y los pueblos muy concurridos. Ya hemos visto cómo no quiso ir a Jerusalén, a pesar de ser entonces la pascua, por no querer morir todavía. Ahora le hemos contemplado disputando con los fariseos y confundiéndolos. Los ha tratado públicamente de hipócritas, y los ha descubierto delante de todo el pueblo llenándolos, como se lo dijeron sus discípulos, de indignación y escándalo farisáico. Por eso sin duda se apresuró a salir de Galilea, y esquivar las asechanzas y odios de los judíos, y tomando el camino por Safed que desde el lago lleva al

norte, pasó las fronteras de Galilea y asomándose al mar entró en los confines de Tiro y de Sidón, recorriendo aquellos países bellos acaso sobre todo lo que se ve en Palestina.

«Quería, dice el Evangelio, que nadie lo supiese. Pero no pudo ocultarse. Porque una mujer gentil cananea, de origen sirofenisa, que tenía una hija poseída del espíritu inmundo, supo de él, vino de aquellas tierras y se puso a clamar, diciéndole:

»—Ten compasión de mí, Señor, Hijo de David, mi hija es mal atormentada del demonio.

»Jesús no le respondió ni una palabra.

La pobrecita, aunque vió el desdén de Jesucristo, fué sin embargo, humilde, siguiéndole detrás de sus discípulos y clamando unas veces a Jesús y otras a estos para lograr ser oído antes que se le fuese la ocasión de su única esperanza. Tanto que compadecidos y cansados los discípulos se acercaron al Señor y le dijeron:

»—Despáchala, porque viene gritando tras de nosotros.

»Mas Jesús respondió:

»—Yo no he sido enviado sino a las ovejas de la casa de Israel que han perecido».

Esto manifestó Jesús en toda su vida, que su misión era convertir y llamar al pueblo de Israel, según las promesas de que a ellos se les daría el Mesías, para que por medio de ellos, y no inmediatamente se comunicasen a los demás pueblos gentiles los beneficios de la redención, como efectivamente se hizo. Esta fué la razón del desdén y desprecio que manifestó a aquella pobrecita gentil, a pesar de que tanto le rogaba.

Mas ella no por eso se retiró. Llegaban a un pueblo, y «Jesús entró en una casa. En pos de él entró la mujer, y derribándose a sus pies, seguía rogándole que arrojase de su hija al demonio, y le decía:—Señor, socorredme!

»Replicóle Jesús:

»—Deja que antes se harten los hijos; porque no es bien quitar el pan a los hijos y echárselo a los perros». Los hijos eran los israelitas, los perros eran los gentiles; el pan era el favor y la gracia de Dios. Lo que acababa de decir Jesús parecía un desprecio muy grande para la pobre se-

ñora, y era capaz de haber hecho cejar a cualquiera que no tuviese la fe de aquella mujer. Mas no a ella, que agarrándose a las mismas palabras humillantes del Maestro, le dijo:

«—Precisamente, Señor, los cachorrillos comen bajo la mesa las migas que caen de la mesa de sus señores.

«—Oh mujer—exclamó entonces el Señor, sin poderse contener más en su aparente desdén con que contra la inclinación de su corazón bondadoso la estaba probando— grande es tu fe. Que se haga lo que tu quieres. Por esas palabras, vete, porque el demonio ha salido ya de tu hija.

«En efecto, llegando a su casa, halló a su hija tendida en su lecho, y que el demonio había salido. Y desde entonces quedó sana su hija».

Dulce episodio y retrato amable del Señor, que prueba a sus amados y arrojándolos con una mano desdeñoso y despreciativo, los atrae con la otra, misericordioso, infundiendo fe y confianza interiores en los que exteriormente desecha, para que así sea mayor la fe y más cumplido el premio. ¡Cómo a través de aquel desdén se figura uno ver en nuestro Señor lo mucho que se violenta y lo contrario que es su corazón a lo que parecen indicar sus labios!

## 122. EL SORDO-MUDO

(Mc. 7. 31-37)

Debió suceder este milagro en una casa de Tiro o de sus cercanías. Y como Jesús no quería detenerse a evangelizar las regiones gentiles, pasó muy pronto de allí, y por Sidón se dirigió a Galilea. Para ir allá pasó por entre los confines de Decápolis.

Era la Decápolis una confederación de diez ciudades, como lo dice su nombre, paganas en su mayor parte, dependientes de la autoridad romana y enlazadas entre sí para mutua defensa sobre todo de los beduinos. Aunque fueron diez al principio, luego fueron más, hasta diecisiete. Casi todas las ciudades estaban situadas al oriente del Jordán, y más que un territorio continuo, formaban una mera confederación de ciudades separadas. Aunque como hemos dicho paganas en la mayor parte de su población, el Maes-

tro las visitó mucho y en ellas obró no pocos milagros, según nos refiere San Mateo.

En este viaje hizo uno que nos cuenta así San Marcos:

«Salió Jesús de los confines de Tiro y por Sidón vino al mar de Galilea entre los términos de la Decápolis. Y le trajeron un sordo-mudo, y le rogaban que le impusiese sus manos.

»Y tomándole aparte de la turba le metió sus dedos en los oídos, y con su saliva tocó su lengua, y mirando al cielo exhaló un gemido, y le dijo: *Effeta*, que significa: Abrete. Y al punto se abrieron sus oídos y se soltó el impedimento de su lengua, y hablaba bien.

»Mandóles que no lo dijese a nadie. Pero cuanto más él les mandaba, tanto más ellos lo publicaban, y tanto más se maravillaban diciendo: Todo lo ha hecho bien: ha hecho oír a los sordos y hablar a los mudos».

Algunos dicen que este sordo debía serlo no de nacimiento, porque desde que Jesús le dió el oído empezó a hablar rectamente, lo cual supone que ya antes había hablado. Pero este es bien pobre fundamento, porque quien le dió la facultad de poder pronunciar, bien pudo darle la facultad completa de hablar.

Si en otras ocasiones, mucho más en este viaje se nota el empeño de Jesús de pasar desconocido por aquellas tierras; por eso a la Cananea no atendió hasta que estuvo dentro de casa, y a este sordo-mudo no lo curó sino después de haberlo separado de las turbas, y luego le veremos seguir igual conducta. Pero no podía impedirse que los que habían recibido tales gracias las tuviesen ocultas.

También es notable en esta narración que Jesús a pesar de tratar con gente que más que otro lenguaje debía usar el griego, él se valía del arameo, porque aramea es la palabra *Effeta*; y como igualmente en otras ocasiones Jesús se valió de palabras arameas, suelen deducir que fué aramea la lengua que Jesús usó en su vida y predicación.

### 123. SEGUNDA MULTIPLICACIÓN DE PANES

(Mc. 8, 1-10; Mt. 15, 29-39)

«Y pasando Jesús adelante vino a la ribera del mar de

Galilea, y subiendo a un monte, estaba allí sentado. Y se le acercaron numerosas turbas trayendo consigo mudos, ciegos, cojos, tullidos y otros muchos. Y los pusieron a los pies de Jesús. Y él los curó de tal modo que las turbas estaban asombradas viendo hablar a los mudos, andar a los cojos, ver a los ciegos y glorificaban al Dios de Israel» aunque muchos de ellos como paganos adoraban a otros dioses.

Mucha gente se reunió alrededor del Taumaturgo en aquella ocasión. Y como estaban en la ribera del lago adonde era fácil venir por lanchas, en el espacio de tres días que allí Jesús se detuvo, se acumuló en aquel sitio un gentío de más de cuatro mil hombres, sin contar las mujeres y niños.

No miraban ni atendían ellos tanto al Señor como el Señor a ellos. Porque «advirtiendo que no tenían ya que comer, llamó a sus apóstoles y les dijo:—Me da compasión esta gente; porque ya veis que hace tres días que están conmigo y no tienen que comer. Y si los despido sin comer a sus casas, desfallecerán en el camino. Porque algunos vienen de lejos».

Los discípulos se debían acordar sin duda de la otra prodigiosa multiplicación de los panes; pero no acababan de tener aquella plena confianza de que Jesucristo podría y querría renovar aquella maravilla. Y pensando únicamente en los medios naturales de proveer a los deseos del Maestro, le dijeron:

«—Y de dónde vamos a sacar en el desierto panes suficientes para saciar a tanta gente?

»Díjoles Jesús: ¿Cuántos panes tenéis?

»Y dijeron ellos:—Siete, y unos pocos pececillos.

»Entonces mandó a la gente que se sentase sobre el suelo. Y tomando los siete panes, dando gracias, los partió y dió a sus discípulos, para que los repartiesen, y los discípulos los repartieron a las turbas. Bendijo también los peces y mandó servirlos. Y comieron todos y se saciaron. Y de los pedazos que sobraron recogieron siete espuertas. Los que habían comido eran unos cuatro mil hombres, sin contar niños ni mujeres».

Grande debió ser también entonces el espanto como la

vez primera que vieron tal prodigio. Y acaso empezaba a alborotarse la muchedumbre y a aclamar al Poderoso multiplicador de pan. Mas Jesús despidió pronto a las turbas, y él mismo con sus discípulos se embarcó en una lancha, y arribó a los confines de Magedan ó Dalmanuta.

Nada más sabemos de esta expedición que Jesús por un país extranjero y casi del todo pagano, emprendió más con ánimo de descansar y ocultarse a sus enemigos, que con el de evangelizar a los pueblos. Dejemos a los curiosos el averiguar el camino más probable que siguió Jesucristo. No nos lo quiso decir el Evangelio. Ni aún sabemos a punto fijo dónde cae ese pueblo que San Marcos llama Dalmanuta y San Marcos Magedan, y algunos identifican con Magdala.

Parece cierto que estaba a la orilla del mar.

Y si había sosegado en aquel paseo primaveral que se dió por las pintorescas regiones del Norte, otra vez en Galilea le esperaban las acostumbradas fatigas y discusiones, y se le venían encima sus continuos espías y censores.

#### 124. EL MILAGRO DEL CIELO

(Mc. 8, 11-13; Mt. 16, 1-4)

En efecto, apenas desembarcaron, ya se encontraron a los fariseos y saduceos que les salieron al encuentro, y comenzaron a disputar con él y a tentarle.

Esta vez traían preparado un ardid o petición singular. Habían visto, cierto, muchos prodigios hechos en la tierra y en el mar y en el aire. Pero no habían visto ningún prodigio hecho en el cielo. Ya en otra ocasión se lo habían echado en cara, cuando le dijeron: acaso haces tú milagros? Nuestros padres, sí, comieron pan llovido del cielo. Aquello era verdadero milagro, no los que tú haces dándonos pan de la tierra.

Y de un modo parecido le dijeron esta vez que les hiciese un milagro del cielo como el que hizo Moisés o Josué o Elías...

Sonrióse, sin duda tristemente el Maestro, al ver aquella infantil insolencia, con la que se figuraban confundirle, y les respondió aludiendo a la señal que le pedían del cielo:

«—Vosotros al anocheecer decís: Va a hacer buen tiempo, porque el cielo está arrebolado. Y al amanecer: Hoy habrá tempestad, porque el cielo luce triste. Sabéis distinguir el aspecto del cielo, y no podéis conocer las señales de los tiempos». Es decir, no conocéis que viene ya el Mesías, a pesar de tantas señales como tenéis por todas partes que os lo están diciendo, las profecías, la expectación general, los milagros, mi doctrina...

»Y exhalando un gemido, dijo:—Para qué pedirá un prodigio esta generación mala y adúltera? Yo os digo en verdad, que a esta generación no se le dará otro prodigio sino el prodigio del profeta Jonás.

»Y dejándolos subió de nuevo en la lancha y pasó al otro lado del mar».

El milagro de Jonás era sin duda el de su muerte y resurrección, por el parecido que iba a tener con lo que a Jonás le había sucedido.

#### 123. EL FERMENTO DE LOS FARISEOS Y SADUCEOS

(Mc. 8, 14-21; Mt. 16, 5-12)

Y pasó una escena muy curiosa a bordo, en la que se ve bien el carácter de los discípulos, su sencillez y torpeza de entendimiento, y la bondad de nuestro Señor.

Porque sucedió que o por la prisa o por distracción o por no sé qué los discípulos se olvidaron de tomar panes para el viaje. Y apenas empezaron a surcar el lago, el Señor refiriéndose a lo que acababa de pasar con los fariseos, se puso a recomendarles que se guardasen de sus doctrinas y malas falacias, y les decía:

«—Cuidado con que os guardéis de la levadura de los fariseos y saduceos, y de Herodes!»

Ellos que oyeron levadura, acordáronse enseguida de los panes y de que no tenían los necesarios, y se decían: —Si no hemos comprado pan!...

Entonces Jesús tomando ocasión de allí para cosas más altas, les dijo:

«—Qué es lo que estáis discurriendo entre vosotros, de que no tenéis pan? hombres de poca fe! Todavía no tenéis juicio ni entendimiento? Todavía tenéis cegado el corazón?

Tenéis ojos y no veis, tenéis oído y no oís ni recordáis? Cuando repartí cinco panes a cinco mil hombres, cuántos cestos llenos de pedazos recogisteis?

»Dícenle:—Doce.

»—Y cuando repartí siete panes entre cuatro mil hombres, cuántas espuertas de pedazos recogisteis?

»Dícenle:—Siete.

»—Pues, cómo—les decía—no caéis aún en la cuenta cuando os he dicho: cuidado con la levadura de los fariseos y saduceos, que no me refería al pan?

Entonces, añade el Evangelista San Marcos, entendieron que lo que les había mandado, era no que se guardasen de la levadura de pan, sino de la doctrina de los fariseos y saduceos.

#### 126. EL CIEGO DE BETSAIDA

(Mc. 8, 22-26)

En estas conversaciones y pláticas de familia, llegaron a Betsaida, probablemente a la Betsaida, patria de Pedro. Hemos visto en todo este tiempo a Jesús Nazareno constantemente desviado de los centros de gran concurso, y cambiando de sitio sin cesar. Antes había subido hasta Tiro y Sidón por la costa; esta vez iba también a emprender otra excursión a la misma altura de Tiro, solo que por el interior de la tierra y al oriente del Jordán. Betsaida le ofrecía una buena entrada. Era ciudad conocida donde tenía la casa de Pedro, donde había predicado no pocas veces y hecho singulares prodigios. Allí podrían dejar la barca de Pedro bien guardada, y después internarse sin cuidado.

Y apenas llegado le trajeron un ciego, y le rogaban que lo tocara. Seguía Jesús evitando el llamar la atención por este tiempo, y así tomó al ciego de la mano y lo sacó fuera del pueblo. Una vez allí puso saliva en sus ojos, colocó sobre él sus manos, y le preguntó si veía algo.

Púsose el ciego a mirar, y fuese porque aún no le había dado vista completa, fuese desconocimiento de las cosas por la falta de costumbre y discernimiento, respondió:—Veo los hombres, porque los veo andar como árboles.

Entonces otra vez le puso las manos en los ojos y quedó

restablecido y comenzó a ver de modo que distinguía claro todas las cosas. Y lo envió a su casa diciendo:—Vete a tu casa, y si pasas por el pueblo no lo digas a nadie.

#### 127. LA PIEDRA DE LA IGLESIA

(L. 9, 18-20; Mc. 8, 27-29; Mt. 16, 13-19)

Esquivando la persecución que se había organizado contra él en Jerusalén, subía Jesús más y más arriba de Palestina y entró en los dominios de Filipo libre de sus enemigos. Acercóse a la ciudad de Cesarea hoy Banías, antiguamente Baalgad, que el tetrarca Filipo había restaurado con empeño y dedicado a Tiberio César, por lo que se la llamaba entonces Cesarea de Filipo, si bien el tiempo que no reconoce señoríos destruyó el nombre de César y de Filipo, haciendo que la ciudad quedase con el nombre de Paneas, hoy Banías, a causa de un templo dedicado al Dios Pan, que le dió su nombre.

La ciudad era casi enteramente pagana, y greco-romana en sus edificios e instituciones. Y situada en un país tanto más bello y pintoresco cuanto más cercano a las fuentes del Jordán, albergaba mucha gente dedicada a las delicias de la vida y al rebullicio de las riquezas.

Jesús se acercó a Cesarea, pero no debió entrar en la odiosa ciudad. Más bien se paseó por los pueblitos de los alrededores, entreteniéndose con sus discípulos, y enseñándoles sin duda altas y elevadísimas doctrinas. Pocos hechos nos cuentan de este viaje los Evangelistas, y ellos más bien pasados en familia que públicos. Pero en estos tiempos y sitios sucedió uno, acaso de los más trascendentales e importantes para la humanidad entera. Porque allí se instituyó el fundamento inquebrantable de la Iglesia en Simón hecho Piedra inmovible por Jesucristo Nuestro Señor.

Caminaba un día Jesucristo apartado de las turbas, sólo con sus discípulos, y detúvose a orar en el camino. Y después de haber orado, se dirigió a sus Apóstoles y sin más les hizo esta comprometida pregunta:

«—Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Quién dicen que soy yo?

»Dijeron ellos:

»—Unos dicen que eres Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías, y otros que un profeta de los primeros, que ha resucitado.

Ya vimos cómo en casa de Herodes se decían de él todas estas cosas y parecidas.

»Entonces les dijo Jesús:

»—Y vosotros quién decís que soy?

»Respondió Simón Pedro y dijo:

»—Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.

»Respondió Jesús y dijo:

»—Bienaventurado eres Simón hijo de Jonás, porque no es la carne ni la sangre quien te ha revelado eso, sino mi Padre que está en el cielo.

»Y yo a mi vez te digo que tú eres Piedra (en castellano decimos Pedro) y sobre esa piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.

«Y te daré a tí las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que atares en la tierra, será atado en el cielo, y todo lo que desatares en la tierra será desatado en el cielo».

Sublime momento de la historia de Jesucristo y de la Iglesia y de la humanidad entera, en el cual el Hijo de Dios vivo pone los cimientos inquebrantables de la Iglesia suya, de la reunión de sus discípulos, de la sociedad de sus fieles, que en este día Jesús por primera vez llamó Iglesia, y que en adelante se llamará siempre así.

Ya desde el principio se podía notar la preferencia que el Maestro daba entre todos los discípulos a Simón. El Pescador de Betsaida, no desmerecía en cuanto un hombre puede no desmerecer estas prerrogativas, que Jesús se fijase en él, ya que iba a escoger sus discípulos entre la clase humilde del pueblo. Simón no podía ser muy instruido, acaso habría asistido a las escuelas de Cafarnaúm o de Betsaida, que ya en su tiempo estaban establecidas. No solo sabría el arameo occidental, lengua vulgar de su país, sino también chapurrearía el griego pervertido que allí se usaba muy comunmente con los extranjeros. En sus epístolas no faltan datos, dotes de estilo y de elegancia, y en su trato en vida del Maestro y después demostraba cualidades singulares de delicadeza y cultura.

Sobre todo llevaba un alma noble, enérgica, activa y práctica, avezada a la lucha del mar, y revestida en grado superior de las mismas cualidades de arrojo, energía, movimiento y vida que el mar enemigo a quien en cuatro tablas tantas veces había desafiado y vencido.

Su energía no quitaba nada a su sensibilidad y cariño. Fué el discípulo más amante de Jesús, y el más decidido por su Maestro. Lo hemos ya conocido y lo veremos más aún en adelante.

Desde la primera vez que le vió el Maestro cuando se lo presentó su hermano Andrés, fijando como advierte el Evangelio, en él su mirada, le dijo: «Tú eres Simón, hijo de Jonás; pero tú serás llamado Piedra». Después, de tal manera apareció Pedro en primera fila delante de todos los discípulos, que cuando fueron elegidos los apóstoles todos le pusieron siempre en el primer lugar entre todos, porque sabían sin duda que era el primero de todos. Siempre en efecto, contaba con él el Maestro antes que con ningún otro para los actos más íntimos y secretos de su vida.

En esta preciosa escena de la vida de Cristo, aparece admirablemente diseñada, como al descuido toda la propiedad de sus personajes. Primero pregunta el Maestro a todos acerca de lo que sobre su persona se dice por el mundo. Respóndenle todos sin distinción ninguna.

Luego pregunta más, pregunta la cuestión más trascendental de la humanidad y la confesión más importante de la fe cristiana. ¿Quién decís vosotros que soy yo? Y aunque pudieran haber respondido los demás apóstoles, solo responde uno, el discípulo predilecto, el vehemente y resuelto Simón, quien adelantándose a los demás que, o tímidos o menos entusiastas, y acaso alguno, Judas, incrédulo, lleno de sincero amor e iluminado por fe radiante, dice lo que todos podían haber dicho: Tú eres el Cristo, el hijo de Dios vivo. Y lo dice del modo más marcado y enérgico, llenando su frase de artículos para que sea más honda su expresión: Tú eres *el* Cristo, *el* Hijo de *el* Dios *el* vivo.

Preciosa confesión, fundamento de nuestra fe, y de nuestra felicidad.

Es lo que el Maestro delicadamente buscaba para realizar la idea, que desde el principio tenía, de nombrar a Pe-

dro príncipe de la sociedad que él quería fundar, para perpetuar su evangelio y su redención. Entonces comenzaba, como ya estamos viendo, a arreciar la persecución de los fariseos, que conjurados con los saduceos y los herodianos tramaban su perdición. En efecto, esta persecución había de terminar con la muerte de Jesús Nazareno. Pero Jesús Nazareno había de ser inmortal, y aun muriendo había de vivir en una sociedad e iglesia que había venido a fundar, hasta la consumación de los siglos. Hora era de comenzar el edificio. Muchas piedras habían sido ya reunidas, los apóstoles, los discípulos, los que aquí y allá creían en las doctrinas de Jesús. Preciso era señalar los planos y tratar de los cimientos. Y eso hizo Jesús este día, lejos de Jerusalén donde se le perseguía, fuera de Israel, donde se le preparaba la muerte, en la región casi enteramente idólatra y gentil, que venía a salvar por medio de sus fieles judíos.

Todo lo que pensaba fundar lo delineó y compendió maravillosamente en estas tres frases con que respondió a Pedro:

Primero. «Tu eres Piedra, y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia».

Pedro y no piedra decimos en castellano, y de un modo parecido en griego y en latín. Pero Jesús hablando en Arameo, dijo propiamente: Tu eres *Cefa*, roca, piedra, y sobre ese *Cefa*, roca, piedra, edificaré mi Iglesia. Si bien los griegos y latinos, por parecerles mal poner a un varón un nombre femenino, en vez de *Petra*, llamaron a Simón *Petro*. Los franceses, sin embargo, conservan bien el parecido, pues llaman a Pedro, *Pierre*, que también significa Piedra, como *Cefas*. Y es de notar que nunca se sabe ciertamente que este nombre de *Cefas*, antes de Simón, haya servido para designar personas.

Iglesia significa reunión, sociedad, y lo mismo que sinagoga, se aplica así a los socios, como al edificio en que ellos se reúnen, por el cual los socios son también considerados como un edificio moral. No quiso llamar Jesús sinagoga a la sociedad que él iba a fundar, acaso para distinguirla de las sociedades judías, de las que se iba a apartar la suya. La llamó y aquí por la primera vez, Iglesia, para darle un carácter más general y universal, distinto y

opuesto a la sinagoga que iba a ser destruída. En adelante y después de la muerte de Cristo sus fieles se llamarán Iglesia de Cristo, Iglesia de Dios.

Y esta Iglesia, este edificio moral de los fieles de Cristo, será fundada sobre Simón hecho Piedra, nombrado Pedro, por Cristo que lo podía hacer, comunicándole su virtud.

Segundo. «Y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella».

Puertas en el lenguaje antiguo y oriental eran los poderes, los príncipes, los gobiernos. Aun hoy llamamos al poder, al gobierno, al imperio de Turquía «la Sublime Puerta». Y acaso viene esta denominación, porque las puertas de las ciudades eran el puesto oficial de los magistrados y príncipes.

Puertas del Infierno son por consiguiente los poderes del infierno; y como infierno puede significar en este sitio o muerte o infierno propiamente, según eso se debe entender que no prevalecerán contra la Iglesia los poderes de la muerte, o los príncipes del infierno, que son los demonios. Y de una o de otra manera, que la Iglesia será indestructible.

Tercero. «Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que ates en la tierra será atado en el cielo. Y todo lo que desates en la tierra será desatado en el cielo».

Llaves, según todo el mundo entiende y antiguamente se entendía más, son el poder general de regir y administrar todo en ausencia del dueño y en su nombre. Pedro, por tanto, es el mayordomo, el administrador, el vicario de Cristo en su Iglesia.

Atar y desatar significan el poder de imponer ataduras morales, leyes y preceptos y penas y castigos, o de quitarlos y absolverlos en todas las cosas.

¡Magnífica promesa! Cuando ella empiece a cumplirse quedará la sinagoga desierta. En medio del mar, combatida de todos los mares, azotada por todos los huracanes, perseguida por todos los elementos, se alzarán inmóviles e inquebrantables una roca, una roca eterna, una roca indestructible, *Cefas*, Pedro. Y sobre esa roca se alzarán a los cielos espléndida, eterna, indestructible, cada día más ma-